

# El Islam, una política

El Medio Oriente actual: una lucha por recuperar el antiguo esplendor de la cimatarra y la media luna

---

Juan F. Benemelis

**D**ESDE QUE EL IMPERIO BABILÓNICO DEL SANGUINARIO NABUCODONOSOR REINÓ HACE más de dos milenios por sobre el mapa antiguo, nunca el Medio Oriente ha ejercido tal atracción. El mundo islámico ha devenido furiosamente en un vasto frente de rechazo al Occidente. Ultrarreligioso o laico, envuelto en el misterioso declinar de su inmensa y vieja civilización, el Medio Oriente no cesa de abrazar las confrontaciones suicidas: terrorismo, teocracia, impugnación de lo moderno. El secreto de tal frustración, de esta histeria colectiva, se remonta a una docena de siglos, a los magnos fastos de su historia que ha engendrado una exasperante paranoia religiosa, arcaicamente nacionalista.

Si bien en distintos períodos de su existencia el Medio Oriente resultó el centro de la civilización, este pasado le ha impulsado y compelido a la reproducción artificial de tal grandeza, tratando de recrear los días del Islam medieval cuando era centro político del imperio Abasida, de los Pirineos al Asia Menor. El esplendor con que brilló el Islam con el califato de Córdoba, con el Bagdad de Harun Al Rashid o el Estambul de Solimán el Magnífico, le permitió brindar al Occidente «bárbaro» lecciones de civilización. Pero, del siglo XII en adelante, las victorias de sus conquistadores (persas, turcos, tártaros, kurdos) no concluyen con un Renacimiento, un Iluminismo, ni con el maquinismo o la revolución científica que se fecundaron en Europa.

El ascenso del movimiento Baas, en los años treinta, que nació de los escombros de la revuelta árabe propiciada por T. E. Lawrence, marcó la aparición de un peliagudo concepto nacionalista, de corte aislacionista, que hoy abraza el espacio islámico. Estos intelectuales de Damasco, asiduos al café La Habana, donde concurrían el maronita Michael Aflak, el sunnita Salah Bitar y el alawita Zaki Arsuzi, forjaron no solo el futuro del grueso de los estados del área (Egipto, Irak, Siria, Líbano, Túnez), sino también sus intelectuales y políticos (Gamal Abdul Nasser, George Habash). Basándose en un vago nacional-socialismo, y una inclinación laica, propugnaron una restitución del pasado: la unidad del pueblo árabe (lengua, cultura e historia) y la conciencia de una (¿falaz?) identidad común. Así, barrieron con los aires de occidentalismo y los nexos con la elite educada de Europa, tramando la expulsión de los extranjeros de la patria árabe.

Podría considerarse, falsamente, al Islam y la entidad árabe como tendencias catastróficas imbricadas íntimamente; pero entre islamismo y arabismo existe una distinción que, de no establecerse, a veces resulta peligrosa. Considerar a los «árabes» como una entidad es caer de lleno en la fe racista e, inversamente, denunciar al Islam radical como el solo culpable de los horrores que hemos contemplado en las últimas décadas y las últimas semanas es aislar el factor religioso, el cual resulta únicamente una expre-

sión de crisis y no su causa: la angustia de una civilización que se ha negado a aceptar su fracaso, ocurrido hace ya más de cinco siglos.

La superioridad de Occidente después del siglo xvii resultó incomprensible para el firmamento islámico, y de ahí su espejismo de superioridad y su delirio de persecución; su muro de rechazo a la tecnología, al estado secular, a las leyes ciudadanas, porvenir de los infieles. En su reciente libro *La memoria mutilada*, el escritor iraní exiliado Daryush Shayegán diagnosticó la «memoria hemipléjica» de lo árabe-islámico que trata de ocultar la cara al Occidente, ligando estructuralmente los problemas teológicos con los políticos. Como sintetizaría el egipcio Mohammed Said Al-Ashmawy: «Dios veló por que el Islam fuese una religión, pero los hombres la han hecho una política; hacer la política en nombre de la religión es transformar esta última en guerras interminables, en divisiones sin fin».

Por esa razón, el milagro de la «unidad árabe» solo conocerá la cimitarra laica o la lapidación devota; donde la modernidad del Occidente es un «don emponzoñado» para un Islam que no puede igualarle en capacidad tecnológica, en ciencia y en poder; y donde trata de salvaguardar su espiritualidad «a lo Jomeini» o al estilo talibán; donde la cultura es alérgica a la idea de nación moderna, mercancía del otrora «bárbaro» vecino. Así, el Islam como religión se dogmatizó congelando la cultura árabe, asumiendo el ajado y nostálgico arabismo religioso, fundador y unitario, que llevó la cimitarra y la media luna hasta Poitiers, por el occidente, y a los muros de Viena por el oriente europeo. Por eso, restaurar la nación árabe es algo así como reconstruir la Europa católica que se movilizaba alrededor de la bandera papal y combatía a los fieles de otras confesiones. Dentro de tal nebulosa, ni todo es árabe ni todo es islámico; simplemente, el universo árabe-islámico, en sus diversas gradaciones, es la sombra federada de un mundo que ya desapareció.

El accidente petrolero sobre el mapa terrestre —de Indonesia a Marruecos— conformará un hecho extravagante al producirse la confiscación, por parte de clanes y familias camelleras, de un gran tajo de la riqueza petrolera mundial. Pero el hidrocarburo no restauró la supremacía islámica, que aún se mantiene como un trozo planetario donde la industria no ha descollado y donde el petróleo ha engendrado la arrogancia pueril y las escandalosas desigualdades. Así, el extenso cuerpo islámico, en coma prolongado dentro de una comarca llena de injusticias históricas y aberraciones étnicas —muchas heredadas del colonialismo, del imperio otomano y del petróleo—, propaga cíclicamente los crónicos desvaríos anti occidentales.

La propaganda de casi todos los estados islámicos manipula ese distante pasado, contraponiéndolo de forma ingenua al Occidente; lo que manifiesta una disonancia entre la realidad vigente y las arcaicas magnificencias babilónicas, persas o cordobesas. Cada golpe que se propina al Occidente es, por tanto, la restauración de un fantasmagórico arcaísmo, el escape a una realidad política, a su lenta decadencia, a la incapacidad de aceptar que el desafío de Occidente hace siglos que resultó vencedor. Así, las fotos de un Saddam Hussein, Khadafi o Ben Laden se involucran con las efigies de Saladino, Asurbanipal o Darío. Bien seguro es que no se trata de cantar las virtudes de un Occidente angelical frente a un Oriente diabólico, sobre todo en momentos en los que el Occidente implanta irreversiblemente «su» civilización en todo el planeta. Hitler no justifica a Hussein o Ben Laden, ni Stalin o Milosevich a los talibanes, y las guerras coloniales ya son el pasado.

Desde el fracaso argelino a los civiles kurdos gaseados por Irak, pasando por el escándalo de los *Versos Satánicos* de Salman Rushdie, el sometimiento femenino, los rehenes, los atentados terroristas, los péndulos de Bagdad, los profetas por elección propia a lo Ben Laden, y los diamantes de los emires, la pista es ininterrumpida. Sus recursos humanos, sus inteligencias no importan, y ello se evidencia en su diáspora, precisamente hacia las aborrecidas capitales occidentales de neón.

Ni las carnicerías terroristas ni el secuestro aéreo ni el abuso de género ni los «contratos» contra Rushdie han sido jamás formalmente condenados por los doctores de la fe islámica. Al igual que el uniforme laico de Hussein, que tanto sedujo a varias capitales occidentales en su guerra contra el fundamentalismo shiíta, la guerra santa religiosa de Ben Laden contra el Occidente, no es otra cosa que lo explicado por Ashmawy: un desfile de grotescos valores y símbolos, cabalgando sobre el fantasma de Mahoma inventible, de Saladino o de Nabucodonosor.

Tomado de *Encuentro en la red*, 11 de octubre de 2001

URL: <http://www.cubaencuentro.com/internacional/2001/10/11/4224.html>

## Islam: estado y nación

Un mito y una visión que paulatinamente se evaporan:  
el «integrismo» árabe se enfrenta a sí mismo

---

¿ES EL ISLAM UN CREDO RELIGIOSO MÁS «PRIMITIVO» QUE EL CRISTIANISMO Y EL judaísmo? ¿Cómo es posible que la otrora esplendorosa civilización islámica fuese más tolerante con otras devociones que el mismo cristianismo, y que hoy se presente con el talibán afgano o el imanato yemenita como la más intransigente? ¿Es el mundo árabe-islámico un bloque político y social monolítico (la Liga Árabe) donde están fundidos un Estado de corte «moderno» como el tunecino y otro medieval a lo Qatar? ¿Qué permite en ese universo la persistencia de individuos iluminados, que arrastran multitudes, ya sean políticos de renombre como Nasser, Gadafi; grupos clánicos como en la Península Árabe; o simplones transfigurados en profetas por elección propia, como Ibn Tumart, Jomeini, el *mullah* Omar y Ben Laden, con el derecho a excomulgar mediante una *fatwa*?

Las tres religiones universales de Occidente (judaísmo, cristianismo, islamismo) son de origen judaico y surgieron en el Medio Oriente. Las tres tienen su lengua vernácula (latín, hebreo y árabe) y sus libros sagrados (Biblia, Talmud y Corán). Las tres adoran al mismo dios con diferentes nombres (Yahvé o Alá) y son mesiánicas; el Mesías del cristianismo es Jesús, el del Islam es Mahoma, el del judaísmo todavía lo están esperando. Hay más similitudes que diferencias entre ellas, al punto que, por siglos, se miró al Islam como una edición remozada y más «intelectual»; una herejía cristiana, tipo arriano, que consideró a Jesús *el de Nazaret* como uno de sus tantos profetas, y que

albergó al pensamiento filosófico y científico de su época, al lado del cuerpo escolástico. Allí los Averroes y los Jaldún no tuvieron que comparecer a un tribunal de inquisición.

Entonces, ¿qué ha pasado?

En contraste con el cristianismo, el Islam no dispone de armazones religiosas rectoras (como el Vaticano), o autoridades centrales cuyo verbo es la póstuma sanción en materia teológica. De ahí que la «voluntad de Dios» haya sido definida por cualquiera de sus fieles, ya sea un doctor de la fe islámica de cualquier mezquita (un *mullah* a lo Omar), un jefe de Estado (como el saudita Fahd), o un simple aguador del Marruecos montaraz. Todos gozan del derecho a ser escuchados; por eso, pulula un semillero de «intérpretes» de la fe (al uso protestante) que embrollan el horizonte del creyente.

Ello podría considerarse una ventaja al cotejarse con el dogmático papado cristiano (recordar a Lutero), salvo que en el Islam la ecuación no funciona por el sencillo hecho de que el Estado y la religión no están separados; por el contrario, adaptan una fórmula teocrática (Califa: dogma y espada), como en la España de la cruel Isabel, *la Católica*. De ahí se surte la «voluntad de la nación» como en el Irán de los ayatolá, que es la de una capilla de «auto-elegidos» con las riendas del poder en sus manos. La discrepancia con el Occidente reside en ese anodino asunto; la ventaja —¡la suerte!— en Europa es que en hombros de Bacon, Newton y Cromwell, el Estado se sacudió de los pliegues sacerdotales.

Otra de las falacias extendidas es la de identificar la etnia árabe con la civilización islámica. La horda maraudina que acompañó a Mahoma quedó en el camino, disolviéndose en las urbes que brotaban de Córdoba a Samarcanda. La unidad «árabe» es una retórica; las diferencias étnicas entre un marroquí y un egipcio, o entre un yemenita y un tunecino, o entre un persa y un sudanés, son tan grandes como las de los portugueses con los eslavos.

El problema de las fronteras es otro tema de incompreensión entre la cultura islámica y el Occidente. Para un occidental, el Estado coincide con la nación, no así para un islámico, donde los Estados son creaciones artificiales, como los de Kuwait, Jordania, Líbano, Irak. Esto se agudiza al no ajustarse los límites de los Estados vigentes con las áreas culturales de viejas civilizaciones, marcando las deficiencias de las naciones creadas por las metrópolis europeas, y la ilusoria semblanza de que una vez disueltos los lazos coloniales se resolverían automáticamente las dificultades más acuciantes de sus arcaicas sociedades.

En los años veinte, los bordes fronterizos del Medio Oriente fueron trazados una noche, a lápiz en un mapamundi, por un Sir Percy Cox totalmente ebrio, en una tienda en el desierto arábigo, tras meses de negociaciones infructuosas. Así se desgarraría el área en contiendas tribales como las del Yemen o Afganistán, o la de los kurdos que nunca se sometieron a Turquía, a Irán o a Irak; se precipitarían golpes militares a lo Nasser y Saddam Hussein; se daría pie a turbulentas relaciones fronterizas, como los de Marruecos y Argelia, los de Turquía con Irán, los de Irak con Kuwait y con Arabia Saudita.

De esta manera, lo que mueve a Siria en el valle del Bekaá no es su solidaridad con los palestinos, sino el control de los puertos libaneses y la vieja aspiración de reconstruir la Gran Siria con parte del Líbano e Israel. Hussein no declaró la guerra al Irán y a Kuwait por mero ejercicio militar, sino buscando desesperadamente una salida al Golfo Persa. La teocracia iraní abrigaba también los designios de tragarse a los lilipu-

tienses emiratos petroleros del Golfo; y la Libia de Gadafi ha aspirado a lo mismo con el norte del Chad. Esas trágicas andanzas han ilustrado el aprieto de configurar una estructura estatal, geográfica y socialmente estable, sobre las humeantes ruinas de los imperios coloniales.

No puede entenderse el quehacer político del área, y la comparecencia de grupos terroristas, sus vinculaciones y filosofías sin ubicar en un plano trascendente la dinámica de los clanes familiares, las vinculaciones de sangre dentro de cualquier organización. Un análisis país por país y movimiento por movimiento no escapa a este elemento clave. Las brutales dictaduras militares de Hussein y Assad, por ejemplo, están legitimadas por clanes y plutocracias familiares: el Tikrit de Irak y el Alawita de Siria. Los clanes talibanes están relacionados entre sí. Así, Laden es un clan prominente del Hadramut en Yemen, que traza su genealogía hasta los días del Profeta, ingrediente que le concede una aureola de «autenticidad» explotada por Ben Laden, el cual ex profeso prescinde de su nombre y asume el de su clan. Egipto ha sido el rival histórico tradicional de Irak, por la dirección del mundo islámico. Pero, a partir del Ayatolá Jomeini, el cetro fue retado por tendencias fundamentalistas. Ben Laden es el último de los que, como Hussein, Gadafi, Mubarak y Assad, han reclamado el manto de Gamal Abdel Nasser, de luchar contra la dominación extranjera y arrojar al mar a Israel, y por la «defensa» de los árabes pobres ante las oligarquías del Golfo, cuyas naciones califican de «pozos petroleros con bandera».

Pero esta comparación, que siempre tendrá visos éticos y morales, y es blanco de los ayatolá, los talibán y de Ben Laden, no hace justicia a la habilidad financiera de los jeques petroleros del Golfo, pues un país como la Libia de Gadafi, repleto del oro negro, está hundido en la penuria; así también, el modelo de «socialismo árabe» inventado por Nasser, y aplicado a diestra y siniestra, ha transformado tales economías en «elefantes burocráticos».

El llamado panarabismo sólo ha traído a los países islámicos violentos resentimientos, el más candente de ellos el duelo con Israel, tomado como un «insulto» del Occidente. Con la guerra del Golfo primero, y la actual campaña contra el terrorismo, esta porción del planeta afronta una transición capital, donde un grupo de países con amplia diversidad de intereses (Pakistán y Arabia Saudita, por ejemplo) se ven obligados a la búsqueda de nuevas ideas y estructuras políticas, a la vez que coquetean con ciertas modalidades del fundamentalismo islámico, y donde la visión totalitaria, a lo Hussein, entra en declive.

Proyectar cualquier conflicto intra-islámico como un diferendo de malos y buenos es demasiado simplista. No puede perderse de vista que, con la actual alineación (que se inició con la guerra del Golfo y se expresó en la última reunión pan-islámica), los «árabes» básicamente se enfrentan a ellos mismos, en una violenta crisis de identidad, donde varios mitos se evaporan, y se pone fin a la idea ilusoria de que las crisis del área (Palestina, el fundamentalismo) pueden solucionarse dentro del mundo islámico; y el resquebrajamiento de la primitiva práctica de presentar una sola cara al mundo no islamizado.

Tomado de *Encuentro en la red*, 16 de octubre de 2001

URL: <http://www.cubaencuentro.com/internacional/2001/10/16/4322.html>